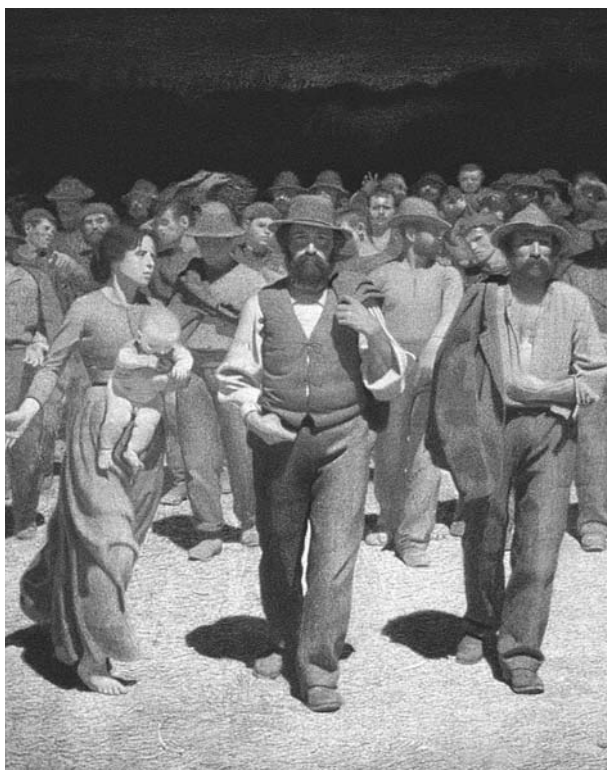


# A los amigos y compañeros sindicalistas

.....  
**Antonio Calvo**

Del Instituto E. Mounier  
 .....



Queridos amigos y compañeros:

**E**stamos ante las primeras *elecciones sindicales* que se realizan después de las transferencias a la *Comunidad Autónoma Aragonesa* de casi todo el *servicio público*. Es, pues, un momento importante teniendo en cuenta que en alguna medida, decidimos el modelo de servicio público que nos vamos a dar en la Comunidad Aragonesa.

La razón que me mueve a escribiros esta carta es la siguiente: *no creo en esta sindicalismo y, por tanto, mi voto va a ser en blanco*.

Se trata de la misma postura que mantengo con las elecciones «políticas»; creo que no hemos inventado mejor sistema de organización ciudadana que la *democracia*, pero, como decían los clásicos «la perversión de lo mejor, es lo peor», y, a mi parecer, una gran responsabilidad de la tremenda injusticia que se ha establecido globalmente hay que ponerla en las democracias formales, débiles, acomodadas, perezosas, miedosas e insolidarias que hemos construido.

Me atrevo a deciros alguna razón discordante sobre el sindicalismo después de una vida laboral de más de treinta años, en la que elegí vivir como auxiliar sanitario en el servicio público, como algunos sabéis, desde hace veintiocho, varios años anteriormente de trabajos diferentes en economía sumergida, muchas horas de estudio y reflexión sobre el trabajo y algún escrito. Creo que no hablo desde la incoherencia vital y, me parece, que tampoco desde la ignorancia. Se trata, así las cosas, de *una opción personal*, que, como otra cualquiera, puede ser equivocada. Dicho esto, voy a pasar a exponer mis razones. En pocas palabras el asunto se reduce a dos cuestiones que es menester tener claras: *a) el fin: la persona* y todas sus dimensiones; *b) los medios* para conseguirlo. El sindicalismo, si tiene algún sentido, es como servicio de humanización.

## 1. Idea de hombre

En general, creo que todos nosotros compartimos la idea de *que todo hombre es persona*, es decir, un ser único, cua-

## EL TRABAJO



litativamente diferente al animal, y acreedor a una *dignidad innegociable por el hecho de ser persona*. Hasta aquí estamos de acuerdo. Pero se da el caso de que la manera de defender esa dignidad reconocida verbalmente difiere sustancialmente. A los mejores de vosotros no parece quitaros el sueño que el sindicalismo actual no sólo no plantee un no rotundo a un trabajo que, desde la industrialización, se convirtió en la única puerta de acceso a la ciudadanía plena, al mismo tiempo que se convertía en una mercancía más en el sistema productivo. Un trabajo que, convertido en empleo, se desvinculó de la acción total del hombre y ha llegado a ser su seña de identidad. Un trabajo que, puesto a precio al servicio del beneficio privado y desorientado humanamente, ha obligado a millones de hombres a vender gran parte de su vida y a ocuparla en tareas muchas veces indignas de un hombre.

Le ocurre hoy al sindicalismo con el asunto del trabajo lo que le sucedía en Grecia a los mejores ciudadanos, que tampoco les quitaba el sueño que sus privilegios se cimentaran sobre la esclavitud de muchos hombres a los que no se reconocía como iguales en dignidad.

¿Cómo se explica si no, que se defienda como normal el hecho de que una gran parte de nuestra vida esté puesta a precio con el sistema salarial? ¿Cómo se explica que parezca normal el hecho de que se pague el doble o el triple por el mismo tiempo de vida y todo lo que conlleva como menoprecio, cuando no desprecio, personal y laboral, y con las enormes consecuencias de desigualdad que se sustentan en esa barbarie establecida? Hay mucha desorientación humana, personal y cultural en este desorden establecido. Ninguna idolatría ha causado y sigue causando más víctimas en la normali-

dad de la vida cotidiana que este *capitalismo salvaje*, que ha conseguido convencernos de que es lo único posible.

Sin embargo, el sindicalismo, que sumerge sus raíces en un *Movimiento Obrero* que creía en la dignidad de todos los hombres, en hacer del mundo un hogar para todos ellos, y que se dejó en esa creencia muchas vidas no subvencionadas, se ha olvidado, si alguna vez la conoció, de toda esta tradición.

En el servicio público en Aragón se van a financiar, con dinero de todos, más de 280.000 horas sindicales anuales, si no he calculado mal. Es un hecho que los sindicatos no viven de sus cuotas sindicales; que hay entre 40 y 70.000 sindicalistas en España, y que uno de sus medios de financiación principal es la oferta de cursos y cursillitos que promueven, muchos de ellos sólo sirven para pagar muy bien a quien los dá, para entretener a quienes los reciben, para hacer creer que sirven de algo a muchos, y para contribuir a la ceremonia de la confusión en la fragmentación y devaluación de la formación y de los papeles que se dan por ella.

No creo en este sindicalismo. La defensa de la dignidad requiere más lucidez y más entrega.

## 2. Los medios

La cosa está tan malita que la mayoría de vosotros pensáis que vale la pena, con la mejor voluntad, dedicar un tiempo, hoy subvencionado, incluso por los que no creemos en ese esfuerzo, a negociar «lo posible».

Es ésta una discusión ya vieja. La eterna alternativa entre mística y política. Yo creo que cuando se desvincula la una de la otra caemos en totalitarismos de distinto signo e igualmente peligrosos. La defensa de la dignidad del hombre, de todo hombre, nunca ha sido

fácil, ni lo será, pero es imposible si nos enredamos en el juego de negociar lo que es innegociable. Hay principios que nos tienen que llevar a un no rotundo a lo que parece la única posibilidad. Al igual que estos días estamos diciendo «No a la guerra», aun sabiendo que el diálogo de sordos del capitalismo no va a atender nuestro grito dolorido, así también, en otros ámbitos, que son diferentes manifestaciones del mismo sistema deshumanizador, una guerra por otros medios, debemos decir un «No rotundo» a todas esas guerras cotidianas que, por no utilizar bombas, algunos piensan que matan menos. ¿Habrà que recordar que no hay guerra que mate más que la miseria? ¿Es menester recordaros que el sistema laboral actual constituye en su conjunto una gran losa sobre la dignidad humana? ¿Qué necesitáis para reconocer, por debajo de ese pequeño porcentaje de privilegiados, la opresión cotidiana de las mayorías? El creciente empobrecimiento de los que encuentran empleos de miseria y la agonía de los excluidos, ¿no son razones suficientes para dejar el posibilismo? Hacer lo posible es un difícil equilibrio entre la mística y la política, entre la denuncia y el anuncio, nunca es hacer sólo lo que te deja el que más puede. A mí me parece que el sindicalismo lleva mucho tiempo haciendo lo que no pensaba cuando surgió, y ha acabado pensando como vive. Con este sindicalismo el futuro está lleno de sombras para el mundo laboral.

En fin, creo que el sindicalismo todavía tiene un gran servicio que realizar en la humanización del mundo, pero no este sindicalismo. Tampoco creo que, por sí solo, el sindicalismo sea capaz de transformar el desorden que el capitalismo ha establecido, cada cual tendrá que responsabilizarse de lo que le corresponda.

Así pues, porque creo en el sindicalismo votaré, porque no creo en éste que existe, votaré en blanco.